

Hernández Travieso

Ag 25/56

El Juego y lo Demás...

EN Cuba siempre el juego ha ido maridado a las crisis políticas. Es que los cubanos somos supremamente conservadores y tradicionalistas por antonomasia. Se descubre algo que surte efecto en una época y se cree que lo surtirá inveteradamente.



Así, el belloco de don Francisco Dionisio Vives, gobernador español de esta Isla, descubrió, en 1823, que la mejor manera de desviar al pueblo de los reclamos de libertad, que le hacían los líderes de la independencia hispanoamericana, era corrompiéndolo, e instituyó el juego libre. Desde entonces, ha venido sucediendo de esa manera. Hasta el mojigato Machado, en cuyos planes de "regeneración" estaba la persecución del juego, cuando se vió acosado y sin posible salida política, convirtió a la Isla en un inmenso garito. Machado, a un siglo de distancia de aquel gran bellaco que fué Vives, creyó candorosamente que la fórmula no fallaría.

Pero quizás Machado no supiera quién era Vives, si bien Machado poseía una envidiable letra de pendolista y una bella firma, que ningún otro presidente cubano ha poseído. Pero las tradiciones son así, mientras más se ignoran sus orígenes, mejor se arraigan. Los primates políticos de los inicios de la República hicieron de los "círculos" el refugio del juego, y por la defensa y mantenimiento de éste, no eludieron ni la querrela a balazos.

Con el devenir de los tiempos, el monte, el tute subastado, el pintintín, las siete y media, la graciosa brisca y la infantil lotería de cartones, se replegaron del círculo, ya sin eficacia alguna, para refugiarse en los clubs y trocarse en algo más so-

fisticado, como el poker, el gin, el baccarat, el bingó. Inocentada era el mah-jon y alquitarada expresión de cimera elegancia, el bridge. Los círculos —si es que quedaron decadentes e inútiles círculos para refugio de habitantes y humildes desocupados—, fueron invadidos por el bolitero. La bolita, que hasta pudo apoltronarse en el augusto congreso, vino a ser resultante popular, genuinamente popular y, por tanto, expresión impersonal de la afición colectiva al juego, condicionada por las crisis políticas de nuestra historia.

Cuando cayó Machado, con aquella fiebrequita creadora de valores, que nos estremeció por unos instantes, se llegó hasta suprimir a la Renta de la Lotería. Fué un acto injusto, y un sindicato de billeteros, que surgió de la noche a la mañana, protestó tan enérgicamente como la patronal de colectores. Era como derribar al Morro o echar al vertedero a la sopa isleña, a la fabada asturiana y al caldo gallego. ¿Qué cubano —yo incluido—, no espera sacarse la lotería para satisfacer alguna sentida necesidad o algún viejo anhelo? ¿Qué partido político puede mantenerse decorosamente en el poder sin la venerable Renta? ¿Cómo pagar a guatacas, soplones, matasietes y rebeldes de papelitos verdes?

Pero la bolita no. La bolita, la charada, los terminales y sus combinaciones jeroglíficas, como la chivichana, el fijo y corrido, el parlé, son degradantes como lupanares y timbas donde el miserable jornal o el sueldo insuficiente se hunden en el barro abyecto con que está inscripto el refrán de que "de enero a enero el dinero es del banquero".

El día que pueda hacerse historia profesional de Cuba. O sea, dentro de 250 años, y con naturalidad y franqueza se narren los hechos sin que nadie se ofusque u ofenda, como ocurre aho-

ra cuando se dice la verdad de lo ocurrido hace 100 ó 150 años, van a juzgarnos muy mal. Seremos calificados de generación corrompida, digna de castigo bíblico, si todavía los castigos bíblicos se recuerdan. Nadie se salvará, ni la Liga de la decencia. Cuando más, dedicarán una llamada al texto consagrada a Lomberto Díaz: "Hubo, sin embargo, un Ministro de Gobernación, dentro de aquel ambiente letal, que erradicó los cientos de prostíbulos existentes a menos de doscientos metros de las principales calles de la ciudad de La Habana. La medida le hizo ganar antipatías aun dentro de los propios círculos oficiales, y a poco, le dinamitaron su casa y hasta tuvo que abandonar el gabinete".

Hoy, los predios que limpiara Lomberto Díaz están en plena floración. El juego es un triste espectáculo que se le aúna por toda la ciudad, por toda Cuba. Junto a cada vidriera de tabacos y cigarros se levanta otra, la de apuntaciones. Por sus teléfonos (pida usted que le instalen uno), se oye recitar una extraña zoología numérica: **Cinco a camarón pa gato, veinte a jicotea con pase a elefante.** Nadie se perturba, ni la Oposición.

En otro orden, aduanas y correos bloquean la cultura. ¡Guay si usted compra libros fuera de Cuba o ha cometido la torpeza de suscribirse a una o varias revistas extranjeras, porque éstos llegan tarde, mal o nunca! En cambio la parafernalia por la que según Hollywood han muerto romántica y valientemente tantas decenas de gangsters estadounidenses, pasa y pasa sin dificultad hacia nuestro territorio, para tragarse medios, reales y pesetas en cabarets, balnearios, al objeto de indicar, tal vez, que Cuba vive otra de sus crisis políticas, y que ésta, como las de antaño, se trata de resolver con el juego y lo demás...

M, Ag 25/56